

Estudia, aprende, alégrate, olvida  
La política vil en esa zona...

En tanto que, juguete de la vida,  
Devorado de tedio y de pereza,  
Yazgo, como Reinaldo en los de Armida,  
En brazos de mi fiel Naturaleza.

Hasta aquí lo que entonces escribió V.  
en verso, con relación á nuestro Cruzada.  
Siga V. hoy en prosa, y se lo agradecerán  
vivísimamente todos los amantes de las artes  
y de las letras, y muy en particular sus  
apasionados amigos y paisanos,

Los VÁZQUEZ.

Madrid 10 de Diciembre de 1884.

### III.

SR. D. FRANCISCO DE P. VÁZQUEZ.

Sí, mi querido Paco: cumpliré en seguida el honroso aunque triste encargo que, con tanto encarecimiento y excesiva súplica, me hace V. en su propio nombre y en el de sus hermanos Mariano y Manuel... ¡Habría sido siempre para mí una orden (sírvalos de gobierno) la más sencilla indicación de cualquiera de los tres Vázquez, y mucho más lo es hoy, que se trata de honrar la memoria de un amigo como nuestro Gregorio, á quien tan de veras estimaba y quería!

Pero sepa V. desde ahora que la biografía que me piden no podrá resultar completa, si no se me ayuda con datos, explicaciones técnicas y otros permenores referentes á los estudios y trabajos artísticos, literarios y administrativos

del infatigable Cruzada, anteriores y posteriores á aquellos años en que fué mi inseparable compañero de letras, armas y otras aventuras... Además, estoy muy falto del tiempo y reposo necesarios para escribir ordenada y formalmente una necrología en toda regla, cual corresponde al carácter de pública solemnidad que ha revestido el entierro del malogrado Director general de Correos y Telégrafos... Habrán Vds., pues, de contetarse con que yo haga la parte en que realmente mi intervenció n puede ser más ó menos precisa; quiero decir, se contentarán con que exponga en la presente carta cuantos recuerdos guarde de la juventud de Cruzada y de la vida que hicimos juntos hace veinticinco ó treinta años, dejando que otro escritor los utilice en cabal y metódica biografía, donde se aprecien, por ejemplo, con la debida competencia, esas notabilísimas reformas postales, esas nuevas aplicaciones de la electricidad á la telefonía, esos tratados internacionales que estaba preparando, etc., etc.; cosas todas que yo no sabría ni tan

siquiera nombrar exactamente, y que, según pública voz y fama, harán inolvidable el paso de Gregorio por la Dirección de Comunicaciones.

Sí: voy á trasladar al papel, en espontánea y corriente forma, la historia de los tiempos más característicos del buen amigo á quien lloramos; voy á pintar su interesante y típica figura moral, muy más influyente de lo que él pudo nunca imaginarse en las letras y las artes de nuestra patria; voy á hablar de aquel Cruzada Villaamil que fué, sin saberlo, profesor eficacísimo y desinteresado de infinidad de jóvenes artistas y poetas de 1854 á 1868...

—Y en verdad, en verdad, todas aquellas predicaciones continuas, censuras, reyertas, recomendaciones y mercedes de todo género que nos parecían entonces genialidades privadas, constituyen lo más fecundo, importante y trascendental de la vida del que luego fué celoso diputado á Cortes, entendidísimo funcionario público, y capaz y esforzado hombre de partido.—Estos últimos méritos los co-

noce la nación entera, y supo estimarlos y premiarlos, con especialísima predilección, su distinguido jefe, el excelente amigo de sus amigos é incansable repúblico D. Francisco Romero Robledo, de quien siempre me han tenido á mí algo apartado (menos en la presente ocasión) las misteriosas leyes de una fatalidad, no sé si musulmana ó griega... Pero los servicios prestados por Gregorio á la madre España en aquel cuarto principal de la legendaria calle de Lope de Vega, cuando casi todos los hombres célebres de hoy contaban de veinte á veinticinco años de edad; su prodigiosa y múltiple acción en aquella especie de *ministerio del patriotismo* que tenía por alojamiento una *sala de armas*, no están recopilados ni consignados en ninguna parte, y dignos son por cierto de que los perpetúe en sus columnas *La Ilustración Española y Americana*, aunque sin más autoridad que los imperfectos, pero verídicos, trazos de mi pluma.

Comencemos, pues.

Cuando, en los primeros días de Sep-

tiembre de 1854, llegó á Madrid la bandada de literatos y artistas granadinos, compuesta del ameno escritor Castro y Serrano; de Pepe, su hermano de V., habilísimo pintor escenógrafo, ya difunto; de su otro hermano, Mariano, músico, que tanta gloria había de alcanzar en la corte; del poeta que escribe con cincel, Manuel del Palacio; del maestro nativo en letras y en artes, José Fernández Jiménez (indudablemente el más íntimo amigo de Gregorio); del discreto y agudo periodista Leandro Pérez Cossío, y de mi humilde y entonces revoltosísima persona,—ya hacía Cruzada Villaamil oficios de Mecenás en esta coronada villa, aunque sólo contaba veintidós años.

Había nacido á orillas del Manzanares, de una familia de comerciantes oriunda de Santander; debía gran parte de su educación literaria al famoso Colegio de Masarnau; considerábase protector por obligación, á fuer de rico y huérfano, de los ingenios españoles de punta, y era entonces su Horacio, quiero decir, su poeta favorito, el inolvidable Eulogio Flo-

rentino Sanz, quien ostentaba frescos sobre sus sienas los laureles ganados con el *Don Francisco de Quevedo*. Juntos vivían; y como quiera que Pepe Castro, verdadero *guión* de nuestra bandada, había ya residido anteriormente en el Madrid para nosotros nuevo, y conocía íntimamente á Florentino Sanz, pronto nos hizo á todos amigos de éste y de Cruzada.

Érase entonces el buen Gregorio un apuesto y elegante joven de mediana estatura y atlética complexión, blanco y pálido, con finos cabellos y sedosas barbas de color de oro mate, de facciones delicadas y altivas y con unos ojos azules en que alternaban las dulzuras del sentimiento con los relámpagos del valor y de la audacia. Tenía, en suma, lo que podría llamarse cara de ángel fuerte, y por ello, y por su carácter hidalgo y sencillo, cuadrábale muy bien el sobrenombre, ó especie de eufónico diminutivo, de *Glorio*, con que le requebraban en familia.

Gozaba ya reputación de consumado tirador de armas. El antiguo y desusado

manejo de la espada española, y también el de la *espada y daga*, eran sus preferidos ramos en la esgrima, según veremos luego. Todas sus demás aficiones ostentaban igual sello de no sé qué virilidad castiza, propia de un espíritu emprendedor y temerario. Contábase que en Santander, adonde poco antes de morir su acaudalado padre fué enviado para que unos parientes lo dedicasen á los negocios comerciales, Gregorio había malgastado mucho tiempo y mucho dinero construyendo en pequeña escala ensayos de embarcaciones *á la antigua*, no de papel ó de cartón, sino de madera y hierro, las cuales botaba al mar muy seriamente y gobernaba por sí propio como mejor podía, con ánimo sin duda de concluir por armar carabelas idénticas á las de Pinzón, y lanzarse en busca de epopeyas marítimas...

Porque vuelvo á decir que el *españolismo* constituía la nota sobresaliente del carácter de aquel héroe frustrado. Á fuer de legítimo madrileño, nacido en la mismísima Puerta del Sol, era lo que hoy

suelen muchos volver á llamar *chispero*, esto es, patriota del corte y estilo moral de aquéllos que el día 2 de Mayo de 1808 arremetieron con espadín, chuzo ó navaja á los granaderos de Napoleón el Grande: dijérase que Goya le había conocido, así como que él había conocido á Goya: en los cuadros y cartones de éste se ven figuras que recuerdan en lo físico y en lo ideal al Cruzada de 1854, mientras que Cruzada, por su parte, tenía ya entonces adoración al gran pintor popular, cuya gloria y renombre tanto había de enaltecer y difundir con sus descubrimientos y escritos.—Sin embargo, no se limitaba su españolismo incondicional á este género archi-madrileño, en el cual cada uno tenía que enseñarle los más asiduos concurrentes á la plaza de toros, á las verbenas, á las fiestas reales, al Canal y á las funciones cívicas y religiosas de esta complicadísima villa de San Isidro Labrador, de las Minervas, del Dios grande, del Dios chico, de San Eugenio, de Daoiz y Velarde, de San Antonio de la Florida y de la Virgen de la Paloma.—El si-

glo xvii, con su Parnaso del Buen Retiro y con aquellas continuas aventuras de *capa y espada*, era también parte en sus amores...—¡Y nada digamos de nuestro épico siglo, del siglo de Carlos V y de Felipe II; de los tiempos de nuestras glorias en todo el planeta; de la edad de oro del idioma castellano!...—Pero no adelantemos cosas de que pronto habremos de hablar más oportunamente. ¿Á qué preconizar *cualidades*, si las propias *acciones* no tardarán en demostrarlas?

Decía, pues, que cuando llegamos á Madrid los fundadores de ésta ya semi-dispersa *colonia granadina*, que todavía colea algunas noches en cierta casa de la calle de la Libertad y en el núm. 92 de la calle de Atocha, Eulogio Florentino Sanz (q. e. p. d.) era el *ídolo vivo* de Cruzada, ó sea la personificación militante de muchos de sus ídolos muertos. «Moderno Calderón,» «moderno Tirso,» «moderno Lope,» llamábanle, en efecto, los folletines. Á título de tal, el inspirado autor del *Quevedo* acababa de ser nombrado Secretario de la Legación de Es-

pañía en Viena, y el fastuoso Cruzada se hizo nombrar, excuso añadir que *sin sueldo*, agregado á la misma, con el fin de no separarse de su dramaturgo.—Por eso (y vea V. si recuerdo nimios pormenores) recibió el agosto nombre de «Viena» la famosa gata que nos regalaron ambos diplomáticos al levantar su casa y disponer el viaje; nombre que hasta su muerte conservó aquel infeliz animal, condenado á tanto forzoso ayuno; y me fijo en que lo conservó; tendiendo á que, por resultas de un cambio de última hora, Florentino y Gregorio no fueron al cabo destinados á la Legación de Viena, sino á la de Berlín...—Ello es que se marcharon.

No tengo para qué indicar la razón (*ecco la cagione*, dice una vez Otelo, en la ópera de Rossini, señalando á Desdémona) de que el soñador y entusiasta agregado dejase muy pronto en Berlín á su querido poeta, y se volviese á Madrid en compañía de otra *gloria española* (que tampoco ya vive), á quien había conocido en no sé qué teatro de aquella Prusia de

sus pecados.—Baste saber que, á fines de 1855, tomó Gregorio dos pisos en la mencionada casa de la calle de Lope de Vega, y destinó todo el principal á lo que ya he calificado de *ministerio del patriotismo*.—Aquí principia la gran campaña literario-artística de nuestro hombre.

Por consecuencia de las últimas impresiones que había recibido en vísperas de su marcha, no bien regresó á Madrid, se fué en busca de la *Colonia Granadina*, y profesó y actuó desde luego en ella, cual si fuese también hijo de Sierra Nevada, y ya no se apartó nunca de nosotros, ni tan siquiera cuando la política de partido y los cargos oficiales absorbieron gran parte de su existencia...—¡Oh! Si... Los granadinos y Romero Robledo seguían siendo los ejes de su vida social el día en que le ha sorprendido repentina muerte.

Pero volvamos al año de 1855.

Á su regreso de Berlín halló aumentada nuestra *Colonia* con la intimididad fraternal del profundo lexicólogo y discretísimo polemista, semi-cordobés, semi-

granadino, José Ruiz León (*el Ingeniero* por antonomasia); con las silenciosas visitas de José Joaquín Soler, poeta elegiaco y comisario de Guerra, hoy ya difunto, que temía como al diablo á nuestra informalidad; con las graciosas incursiones de los hermanos Rivero (egregio *parchista* el uno, ó sea restaurador de pinturas y de otros objetos de arte, y denodado aventurero el otro, á quien llamábamos *El Caballero de mi vida*, y de quien no se tiene noticia alguna hace veintiséis años), y, finalmente, con la anexión de un Pepe Luque, rey de los gacetilleros, que se volvió á Granada y se murió demasiado pronto: todos éstos nacidos también en las orillas del Genil.—Pasaban además luengas temporadas con nosotros, á su tránsito de Granada á San Petersburgo, ó de San Petersburgo á Granada, tres artistas rusos que habían sido socios nuestros de *la Cuerda* en la nunca olvidada ciudad de los Alhamares, y que ya no sabían vivir lejos de la Alhambra; y llamábanse aquellos tres inolvidables moscovitas, hoy también muertos, Pablo

Notbeck (¡el gran Pablol!), arquitecto, pintor, escultor y casi príncipe; Mikailoff, profundo bebedor de cerveza alemana y partidario hasta el *delirium tremens* de los cuadros de nuestro Ribera, y Sorokin, el dramático retratista, que hasta en las burlas era patético, á la manera de lord Byron.—Por razones de *vecindad* (pues se trataba de dos pícaros sotabancos, frontero el uno al otro, y con vistas á todos los tejados de la calle del Mesón de Paredes), esta *Colonia*, cuya bandera tremolaba sobre la casa núm. 2, y donde claro es que había internos y externos, tenía pactada alianza (defensiva de los peligros consiguientes á la falta de metales preciosos) con otro nido literario situado sobre la casa núm. 3, de la cual eran inquilinos legales Luis Eguílaz, hoy muerto, y su *alter ego* Diego Luque, y en donde hallábanse á todas horas Luis Mariano de Larra; Antonio Trueba, es decir, *Antón el de los Cantares*; los hermanos Antonio, Germán y Víctor Hernández Amores, y José Joaquín Villanueva (muerto), Agustín Bonnat (muerto)

y Carlos de Pravia (¡muerto también!)— Finalmente, en el café de la Esmeralda, me parece, habíamos contraído estrecha amistad con los redactores ó colaboradores de *La Iberia*, Carlos Rubio (muerto), Ventura Ruiz de Aguilera (muerto), Juan de la Rosa González (á quien he perdido de vista), Gaspar Núñez de Arce y Manuel de Llano y Persi.

Cruzada, que era hombre de pecho y había comprendido que todas aquellas fuerzas *aliadas*, pero casi nunca *reunidas*, necesitaban un hogar común, consultó con sus predilectos amigos, los de la célebre *Colonia*, y, después de maduro examen, exclamó valerosamente:—*¡Todo el mundo á mi casa!—¡Os cedo la parte delantera del piso principal!*

Pero ¿qué hacer allí?—fué la segunda cuestión que se propuso.

Gregorio la resolvió maravillosamente con esta idea, que al principio pareció inadecuada á nuestros vecinos del número 3:—*¡Aprenderéis el manejo de la espada española! Yo os enseñaré.—¡Después, ya iremos pensando!*

Poco tardaron en comprender los de Eguílaz que el pensamiento podía ser muy fecundo, por el patriótico y noble colorido que desde luego prestaba á nuestras juntas; y de todas maneras, como Gregorio y los granadinos estábamos de acuerdo, al día siguiente se fundó la *Sala de Rada*.—(RADA es un antiguo tratadista de esgrima, cuyo infolio se sabía de memoria y nos hizo leer á los más concienzudos nuestro formalísimo Mecenás.)

No dejó Cruzada de aportar á la nueva *sala de armas* su contingente de amigos de la niñez, madrileños como él casi todos, y también muy aficionados á las letras y á las artes.—Recuerdo ¿cómo no? al sumo gladiador y delicado vate Marqués de Heredia; á Eduardo Mariátegui, soldado, matemático y bibliófilo, cuya muerte lloramos hace cuatro años; y á Pío Gullón, que ha sido ministro; á Eugenio Molinero; á Paco Vicens (difunto); á Hipólito Fernández, que anda por Filipinas; á Carlos Bretón, á Pablo Ortiga y al escultor Grajera, autor de la estatua de Mendizábal que hay en la plazuela del

Progreso, modelada, entre nuestras ju-guescas de todas las tardes, en el anti-guo *Casón* del Buen Retiro.

Simultáneamente había emprendido Gregorio con enormes gastos, que para él eran siempre infalibles pérdidas, una colección ó *Galera de bustos de Españoles célebres*, la cual, en poco más de un año, se enriqueció con ciento y pico de esculturas, representando escritores, ar-tistas, guerreros, monjes, reyes, nave-gantes, etc.—Por cierto que algunos de estos personajes me están viendo escri-bir las presentes líneas, como yo los ví á ellos, hace veintiocho años, salir de mol-des fabricados por Peña, Hermenegildo Rueda y otros escultores, casi todos hoy muertos...

Había, pues, entonces en casa de Cru-zada todo lo siguiente:—En el piso bajo, vedado arábigamente á la gente profa-na, su vivienda propia, puesta con tanto gusto como lujo.—En el salón del piso principal, infinidad de panoplias con es-padas de palo, sables de vara verde, ca-retas, petos, manoplas, floretes y bande-

ras...—En alcobas ó gabinetes contiguos, el catre, los libracos y los papeles de tres ó cuatro autores ó sabios, á quienes el ex-diplomático tenía cedidas siempre aquellas estancias, bajo condición de que á la noche le diesen cuenta de sus traba-jos ó pensamientos del día...—En las ha-bitaciones de adentro, todo un mundo de cabezas de yeso mate, de modelados en barro, de moldes cocidos y de estampas antiguas, donde se veían revueltas, como lo estarán el día de la resurrección de la carne, todas las glorias españolas de más de veinte siglos.—Y, en un cuarto espe-cial, la oficina con biblioteca donde ya se estaba preparando otra notabilísima pu-blicación, *El Arte en España*, empresa monumental que obligó á Cruzada Villa-amil á hacerse fotógrafo, y que bastaría, aunque duró pocos años, á perpetuar su famoso nombre.

Al poco tiempo de establecida la *Sala de Rada*, y cuando ya nos habíamos mo-lido bien á palos todos aquellos amantes ó simples amigos de las Musas, y algunos sabíamos tanto como el mismísimo Rada

acerca de *participios de uñas arriba* y *participios de uñas abajo*, y de *fantas*, *ságitas*, *paradas*, *quites* y otras lindezas, convinimos Cruzada y yo en que era menester dar algún pasto al alma de los terribles gladiadores, proporcionándoles al efecto, en aquel mismo campo de batallas fingidas, una *reunión literaria* semanal.

—«¡Daré también pasto á sus cuerpos!...» (concluyó diciendo Gregorio):  
«¡Anúnciales te con pastas!»

Yo lo abracé como á un semidiós.

Y la buena nueva cundió muy luego por el café Suizo, con espanto y dolor del incomparable D. Román (Q. S. G. H.), dueño del establecimiento, y aplauso y regocijo de la cuarta parte de sus parroquianos, ó sea de los 50 ó 60 socios de la *Sala de Rada*.

De aquellas veladas poéticas, que tuve yo la honra de inaugurar leyendo humorístico discurso (hace muy pocos meses roto, con otros manuscritos de chanza, por si es verdad que va á venir á Madrid el cólera), podría hablar aquí mucho más

de lo que me consienten la falta de salud y tiempo. Diré, pues, tan sólo que allí se dió á conocer como gran poeta, aunque con muy pequeñas obras, Gaspar Núñez de Arce, por lo que, cuando al cabo de largos años, después de escribir millares de artículos de periódico, se dedicó repentinamente y con tal éxito á la alta poesía, ninguno de los tertulianos de la calle de Lope de Vega pudo extrañar sus ruidosos triunfos. Allí también Florentino Sanz, á su regreso de Berlín, leyó interesantísimas traducciones de baladas de Henry Heine; allí Carlos Rubio...— Pero no puedo continuar esta enumeración... Me reclaman los méritos personales de Gregorio.

Resumiré, por tanto, todo lo dicho, manifestando que el más eminente servicio prestado á las Letras y á las Artes por aquél á quien acabamos de dar tierra en el cementerio de San Isidro, fué comunicar su españolismo puro y neto á la juventud de una época en que eran alumnos de la Academia de San Fernando, Cano, Puebla, Germán Hernández, Lo-

zano, Manzano, Casado, Vera, Gisbert, Rosales y Palmaroli...—Predominaba entonces en ciertas esferas, y muy especialmente en el público (sobrado de atractivas obras francesas ó afrancesadas, y falta de alimento nacional artístico y literario), un gusto que rayaba, por lo que á la pintura respecta, en idolatría á la escuela de Ingres y demás *formistas* transpirenáticos. Todo lo español iba pareciendo vulgar y pobre. No negaré que algunos literatos de buen instinto, afectos á la otra antigua Academia, llamada por antonomasia *la Española*, solían defender de tiempo en tiempo la buena causa, ya en el teatro, ya en el folletín de crítica, rindiendo culto á nuestros románticos genios de los siglos *xvi* y *xvii*; pero dejábanse oír poco sus voces, creo que por razones políticas, no del todo ajenas á las tristes causas y á los más tristes efectos de la Revolución de 1854.—Por otra parte, aun estos mismos conservadores de las patrias letras estaban imbuidos de no sé qué melancolía, comparable á la de los *milenarios*, en virtud

de la cual debía considerarse como definitivamente muerta á la raza española, de tal modo, que si nuestras antiguas proezas solían obtener hasta exageradas ponderaciones y alabanzas, era en el concepto de extinguidas felicidades que no volverían más. El ideal, en suma, estaba en lo pasado: habíamos sido arrojados para siempre del paraíso de las glorias terrenas. Cantar, llorando, la grandeza de otros tiempos, era el único papel reservado á los nuevos poetas de la patria del Gran Capitán y de Churruga. Y en cuanto á los pintores, si querían estar de moda, olvidáranse de nuestros héroes vestidos de hierro ó de paño burdo; olvidáranse de los asuntos y estilos inmortalizados por Murillo, Velázquez y Zurbarán, y redujéranse á parodiar, como los insustanciales franceses, inspiraciones de la antigüedad gentilica, sin los sentimientos ni las ideas que dieron eterna vida y hermosura á las inimitables obras griegas y romanas.

Pues bien: Cruzada Villaamil, por temperamento, por carácter, por predestina-

ción, cayó en medio de la apocada juventud coetánea de la suya, para poner de moda el españolismo y hacer esperar á la Patria nuevas grandezas. Todo en él era varonil, esforzado, afirmativo, creyente. Rendía culto á Dios, á la Ciencia, á la Historia, á la Libertad, á la Fuerza, al Derecho, á la Caridad, á todo lo noble, grande y digno. No vaciaba los *bustos* de los *españoles célebres* con el fin de que nos asustaran ni acobardaran, sino para que excitasen nuestra emulación y nuestro celo. No colgaba en lindas panoplias las antiguas armas, como aquellos pusilánimes que las juzgan instrumentos curiosos y ya inútiles, sino que las descolgaba y blandía con fe y entusiasmo: ¡él, que no descendía de ricos-homes! ¡él, que descendía meramente de un hombre rico!

¡Faz cuenta, valiente espada,  
Que es de Mudarra mi brazo!

parecía decir cuando agitaba en el aire, como un García de Paredes, aquellas desmesuradas tizonas, que otros no po-

dian ni tan siquiera levantar del suelo.

En *El Arte en España*, en su libro *Los Tapices de Goya*, en el titulado *Rubens, diplomático español*, y en el inédito llamado *Velázquez*, su voluntad de hierro va progresivamente esperando, viendo llegar y proclamando al fin como hecho definitivo el renacimiento del castizo y genuino arte español. Pregúntese á nuestros grandes pintores contemporáneos, sobre todo á los que hicieron sus primeras armas en la Exposición Nacional de 1858, á los precursores de Fortuny, Raimundo Madrazo, Pradilla y Villegas; pregúnteseles de cuándo data este renacimiento, y todos dirán que procede de aquellos días en que Cruzada, Fernández Jiménez y algunos amigos suyos enseñaron á los tímidos principiantes, ya con la predicación valerosa, ya con su cívica independencia, ya con su desnudo en la esfera social, que había llegado la hora de romper los antiguos moldes, ó más claro, de faltar al respeto á aquel neoclasicismo, ó clasicismo fiambre, que tenía como anquilosado el pincel y ané-

mica la paleta en esta patria de Murillo, Velázquez, Ribera, Zurbarán y Claudio Coello.

Requeriría muy extenso trabajo especial la historia de la campaña de Cruzada en 1865, cuando fué director del Museo Nacional ó de la Trinidad.—También sería digno objeto de minuciosa relación el viaje que Gregorio y yo hicimos á la villa de Ocaña, en galera, buscando los huesos de D. Alonso de Ercilla, hasta topar con ellos en el enterramiento de un convento de monjas, dentro de clausura.—Nada menos que un número entero de *La Ilustración* ocuparían los discursos que tuvimos que dirigir á la comunidad para convencerla de que debía consentir las excavaciones, que se hicieron en nuestra presencia, y por resultas de las cuales sacamos de entre las tumbas de las vírgenes del Señor los enormísimos huesos del guerrero Vasco, autor de *La Araucana*. —¡Pues nada digo de la otra gran campaña de nuestro Gregorio, en 1868 ó 1869, cuando descubrió en los sótanos del Real Palacio los cartones de los tapices de

Goya, é hizo estudio tan admirable y profundo de las obras del gran pintor madrileño!...—Pero crea V. que ya me faltan las fuerzas... Súplase, pues, con informes de otros lo que yo deje por decir, ó súplalo el propio español que leyere, dado que todas las cosas que omito en la historia de Cruzada son ya del número de las enteramente públicas, y no habrá nadie que las ignore.

Que dirigió en Italia la construcción del monumento sepulcral del ilustre general O'Donnell, destinado á nuestro hermoso templo de las Salesas; que en 1875 estuvo en Rusia como individuo de un Congreso telegráfico; que después asistió á otro postal celebrado en París; que fué director de Estadística en el Ministerio de Fomento; que desempeñó varias veces el cargo de diputado á Cortes... todo esto lo han recordado últimamente los periódicos diarios, y constará, de fijo, en la biografía ordenada y formal, que no dejará de redactarse, tal vez por algún compatriota nuestro residente en Italia, en loor y gloria del insigne amigo

186 D. PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN

á quien yo renuevo aquí mi triste adiós.

He concluído, por consiguiente.—Sabe V. y saben sus hermanos Mariano y Manuel cuánto los quiere y los querrá hasta la inevitable hora

P. A. DE ALARCÓN.

Madrid 14 de Diciembre de 1834.



LA REDACCIÓN DE «EL BELÉN»